

## SERMON QUINCUAGÉSIMO CUARTO.

### De dos objeciones contra la comunicacion sobrenatural del hombre con Dios.

Despues de haber establecido que el comercio del hombre con Dios no descansa en la naturaleza y la razon, sino en un órden mas elevado, al que califica de sobrenatural la doctrina católica, la correlacion de ideas nos conduce á investigar porqué es esto así, y cuáles son los motivos que han determinado á Dios á no encerrar en nuestras facultades sensibles é inteligentes todos los medios que necesitamos para entrar en relacion con él. Pero el racionalismo no nos permite una marcha tan rápida. La cuestion del órden sobrenatural es demasiado grave para que se rinda á la demostracion que de él hemos dado sin tantear al menos debilitarla. Oigámosle pues.

Es verdad, nos dice, que ateniéndonos á la superficie de las cosas, la profecía y el sacramento tienen un carácter de universalidad y de perpetuidad, por donde parece que caminan á paso igual con la naturaleza y la razon; pero esto no es mas que una apariencia que se disipa á la primer mirada atenta que se arroja sobre este ilógico establecimiento. Y en efecto, para que haya una universalidad verdadera, una verdadera perpetuidad, es necesario que la cosa ó el pensamiento que aspira á estos grandes caracteres sea el mismo siempre y en todas partes; sin la unidad, la universalidad y la perpetuidad son imposibles, pues que la universalidad no es mas que la expansion de la unidad en el espacio, y la perpetuidad su expansion en el tiempo. Así la naturaleza es verdaderamente universal y perpetua, porque en cualquier tiempo ó siglo que se consulten sus leyes, dan á cualquiera que les interroga una respuesta que no cambia. En el polo como en el ecuador, bajo el instrumento de Newton como á los ojos de Aristóteles, cae la luz física y resalta de un objeto, formando un ángulo constante. Lo mismo sucede con la razon. Facultad de un ser libre, no sigue los caprichos de la voluntad, sino que la aprueba ó la condena segun reglas que no se doblegan jamás. Hablad al ateniense de Pericles, al árabe del desierto, al salvaje de

las selvas ignoradas, al hijo de la barbarie ó al hombre formado de la civilizacion: todos os oyen; y aun cuando disputen entre sí sobre sus opiniones, invocan para sostenerlas principios uniformes, tan claros y ciertos á la inteligencia del ignorante como á la del docto; ¿sucede así con el órden sobrenatural? ó mas bien, ¿hay algo comparable al caos de supersticiones que componen su espectáculo? Abrid ese panteon; ¿qué veis en él? Dioses que se insultan, dogmas que se contradicen, cultos que se niegan, sacerdotes que se anatematizan, altares que se arrojan sangre, una discordia infinita como el objeto sagrado donde pretenden llegar esas espantosas controversias de la impotencia y del orgullo. Hé aquí el hecho sobrenatural. Vedle aquí tal cual es en la historia y ante nuestros ojos. Y esto es lo que se llama una cosa divina, una institucion no solamente igual á la naturaleza y á la razon, sino que, superior á todo lo creado, debe servir de norma á la conciencia, de luz al entendimiento, de corona al universo. Para nosotros, cualquiera que sea la causa de este terrible fenómeno, le acusamos de ser humano; y es humano porque no es uno.

Si respondeis que entre todos estos cultos hay uno solo que es el verdadero, de que los demás no son sino una impía ó imperfecta falsificacion, perderá la dificultad su fuerza por una parte, pero la recobrará por otra con usura; porque siendo un solo culto verdadero, es claro que solo un culto es bueno para el alma, que solo uno establece entre Dios y el hombre una comunicacion eficaz. Siendo esto así, es necesario discernirle en la multitud de los demás cultos; es necesario escoger sin equivocarse. ¡Y se habia de haber impuesto al género humano tan improbo trabajo en un asunto en que se trata de encontrar ó de perder á Dios! ¿Se nos habia de haber encargado á nosotros, débiles criaturas, agotadas ya por los sudores que nos cuesta nuestra vida de un dia, la resolucion de un enigma como condicion de nuestra vida eterna? ¿Es esto posible? ¿Es posible que la eternidad nos cueste otra cosa que la virtud, y que se haga Dios, avaro de lo infinito, un juego cruel en ser la esfinge del hombre? ¡Ah! Si la verdad es nuestro pan, debe caer del cielo como la lluvia, debe abrirse paso como el viento, debe engrosar sus olas como la mar, debe germinar como la mies en los dias en que espera el hombre por su trabajo la bendicion que creó la tierra y que mandó á la tierra servirnos. Todo hombre es capaz de abrir un surco, y de arrojar en él una semilla; ¿pero lo es acaso para distinguir y separar la confusion de los innumerables cultos que se disputan el honor de venir de

Dios y de conducir á él la humanidad? Nadie se atreverá á pretender esto, y por consiguiente, oponemos al orden sobrenatural, como una doble acusacion, primeramente su falta de unidad, y despues la imposibilidad de discernir entre todas las religiones positivas cuál es la verdadera, si hay una que lo sea.

Hé aquí, señores, las dificultades que nos detienen, y que debo yo resolver ántes de dar un paso mas.

Es cierto que la unidad es un carácter esencial de las obras de Dios; no una unidad muerta que excluya la variedad, es decir, la armonía en el número y en la extension, sino una unidad fecunda, que partiendo del mismo Dios, vuelve á llevar á él, como á su origen, todas las irradiaciones de la luz y de la vida. La unidad no es mas que el orden, y el orden es evidentemente un atributo de Dios y de sus obras.

Es cierto tambien que considerando el conjunto de cultos se advierte que, no obstante partir todos de la idea y del hecho de una revelacion sobrenatural, y tener entre sí el parentesco significativo de la oracion, su constitucion dogmática establece entre la mayor parte una contradiccion flagrante. La unidad está en su base, pero no está en su arquitectura; y esta diversidad revela necesariamente en el origen secundario de la mayor parte otra mano distinta de la mano de Dios.

¿Cuál es esta mano? ¿Quién ha tocado la obra divina despues de Dios? ¿Qué poder ha venido despues que el Criador á introducir hasta en la religion, que es la coronacion del universo, una semilla de discordia y de muerte? Esta potestad, señores, sois vosotros. Dios no os puso en el número de sus obras para habitarlas en la inercia de una contemplacion cautiva, sino para ser en ellas los libres cooperadores de su pensamiento y de su gloria; no os hizo para adorarle servilmente, sino para amarle tanto mas cuanto que podríais odiarle; para servirle tanto mejor cuanto que podríais combatirle; para ser instrumentos de su nombre tanto mas eficaces cuanto que podríais deshonrarle. Y hé aquí por qué, donde quiera que se halla Dios en este mundo, os hallais tambien vosotros; donde quiera que él opera, operais tambien vosotros, ya en el sentido de su pensamiento, ya en un sentido contrario. Y no se os ha dado este poder solamente en una parte de su obra, sino que lo poseis en su obra entera, tanto en el orden natural, como en el orden sobrenatural; tanto contra la naturaleza y la razon, como contra la profecía y el sacramento. Vosotros podeis negarlo todo; podeis negar á Dios como á

Jesucristo, la sociedad como la Iglesia, la verdad matemática como la verdad revelada, el bien visible como el bien invisible, el tiempo como la eternidad. Nada se libra de vuestro imperio, porque por una parte no tiene límites vuestra libertad, y por otra parte, hallándose todo encadenado en el mundo, el golpe que deis en un punto resuena necesariamente en todas las esferas de la creacion y de lo infinito. La naturaleza, la razon y la religion son tres leyes progresivas cuya luz es recíproca y su fuerza solidaria; la inteligencia solo la divide con un cisma que hiere á las tres, y el orgullo no triunfa profundamente sino en una ruína que le labra un sepulcro igual. El deseo del orgullo es no obedecer nada, y no obstante obedece desde que existe una ley, cualquiera que sea su origen, su forma ó su nombre. De aquí viene que solo se apoya en la soberanía absoluta, y que midiendo sus fuerzas segun la magnitud de su deseo, no ha desesperado de llegar á los dos actos soberanos que solo pertenecen á Dios, destruir y crear, destruir el mundo tal como Dios lo ha hecho, para crear un mundo tal cual lo quiere el hombre.

Pensais tal vez que exagero, y que si el hombre ha atentado realmente á la religion, porque la religion no es mas que una parte supuesta de la obra divina, ha respetado al menos siempre la naturaleza y la razon, que son esta misma obra en toda su certidumbre y su sinceridad. Ahora mismo lo decíais, señores, oponiendo la uniformidad constante del orden natural á la variedad contradictoria del orden religioso; pero qué ¿no llega hasta vosotros el ruido del mundo? ¿No oís desde aquí el clamor secular de sus divisiones? Por ventura, solo á las puertas del templo se traba el combate del hombre contra el hombre y de Dios contra Dios? Descended al foro de los pueblos, penetrad en las academias, haced abriros los laboratorios de la ciencia; por donde quiera que encontréis la inteligencia humana, encontraréis la guerra, doctrinas contra doctrinas, política contra política, historia contra historia, hechos contra hechos, afirmaciones contra negaciones. ¿Podeis negarlo? Y siendo así, ¿en qué tiene el orden natural mas unidad que el orden sobrenatural? ¿En qué se libra mas de los ataques de nuestra libertad? La misma contradiccion religiosa lleva consigo una contradiccion racional; porque el dogma que yo acepto y que vosotros rechazais, lo acepto yo con mi razon, y vosotros lo rechazais con la vuestra. Nosotros no diferimos sobre la fe, sino que diferimos en la razon. ¿Diréis que si diferimos sobre las consecuencias, reconocemos los mismos principios, y que en ellos sobrevive y consiste la inmutable

unidad de la razon? Pero la religion puede aspirar con el mismo título á la unidad y á la inmutabilidad; ella reivindica tambien principios sobre que están acordes todos los cultos, tales como la existencia de un ser supremo, su accion sobre el hombre, su comercio positivo con nosotros por revelaciones, ceremonias, leyes, recompensas y castigos. ¿Dónde comienza el debate sino en el desarrollo dogmático de estos principios comunes?

Hay, pues, paridad entre los dos órdenes, y si vuestra acusacion saca consecuencias en perjuicio del uno, no las saca menos en perjuicio del otro. Así, sabedlo, el escepticismo dice contra la razon lo mismo que vosotros decís contra la religion; y del mismo modo que vosotros negais la unidad sobrenatural, á causa de la divergencia de cultos, niega el escepticismo la unidad racional, á causa de la multitud de opiniones y de prácticas que dividen á los sabios no menos que á los pueblos. Pascal lo observaba burlándose: « ¡Verdad mas acá de los Pirineos, error mas allá! » Ya conocéis pues todo el abismo; ved lo que llega á ser en manos del hombre esta razon de que no dudais, y si rehusais creer á los ojos de la filosofía, creed al menos al espectáculo de vuestro tiempo. ¿Qué verdad hay que no sea negada? ¿Qué instinto de la naturaleza que no sea ultrajado? ¿Cuál es la institucion humana, por familiar que nos sea por la tradicion y por el corazon, que no sea tratada como enemiga? Os admirais de que Cristo haya encontrado contradictores y jueces hace diez y hoco siglos; pero levantad los ojos, y ved á la razon misma ante el tribunal de Caifás y de los Romanos.

No obstante, no temais, y al conocer lo que puede el hombre contra la obra de Dios, conoced tambien lo que no puede. Sí, hay una gran fuerza en el hombre, porque Dios está con él; sí, hay una gran fuerza en el hombre, porque está con él Satanás; sí, hay una gran fuerza en el hombre, porque el hombre está consigo mismo; pero el hombre no es capaz de destruir ni de crear un solo átomo, aun teniendo á Dios á su derecha, á Satanás á su izquierda, y hallándose él en medio. Un átomo basta para detener su poder eternamente, ¡cuánto mas no bastará el universo! Sesenta siglos en servicio de nuestra libertad no nos han dado la gloria de hacer ó de aniquilar un grano de polvo, ¡cuánto mejor no resistiremos á la naturaleza, á la razon, á la religion! No temais, pues, los que dudais ó los que creéis, no temais. Dios está en todo lo que existe, mantiene todo aquello que ha querido que existiera una vez, y nuestra libertad, por grande que sea, no es mas que el escollo donde se estrella el océano, permane-

ciendo océano. Así, hijo yo de la verdad, en este siglo profundamente conmovido, escucho la tempestad sin palidecer, me ilumino con el rayo que cae en el templo, y apoyada la cabeza en el umbral del atrio, duermo con el sueño divino de una infalible fe.

Impotencia de destruir, impotencia de crear, tal es el límite del orgullo en el hombre; tal es la ley que protege todo cuanto existe, naturaleza, razon, religion, contra los atentados de la libertad. Y no obstante, señores, es necesario que sea la libertad, hasta en sus abusos, un poder fecundo; porque si no pudiese nada contra nada, no seria mas que un resorte tendido en el vacío, un nombre responsable de una imaginaria actividad. Dios, asegurando su propio imperio, para que no fuese el mundo el juguete de un desórden sin freno, ha debido dejar tambien un efecto á nuestra accion para que no fuese, aun en sus extravíos, el esfuerzo perdido de un ser abortado. ¿Cuál es, pues, la parte de Dios y cuál la parte del hombre? Dios, ya lo hemos visto, se ha reservado la sustancia de las cosas, y no quiere que el hombre llegue á ella jamás; porque si se nos hubiera entregado la sustancia de las cosas, no quedaria á Dios otro papel que ser tranquilo espectador de las ruinas del universo. Pero si está fuera de nuestro alcance el conocimiento de la sustancia, ¿qué es lo que nos queda que saber á nosotros? Si no podemos destruir ni un grano de polvo en la naturaleza, ni un principio en la inteligencia, ni un elemento del órden sobrenatural, ¿qué podemos en realidad? Para comprenderlo, señores, es preciso observar, que toda sustancia tiene un modo de ser, y que permaneciendo invariable la sustancia, está sujeto el modo al cambio. Al modo es, pues, á lo que debe asirse nuestra libertad. El modo es la figura de las cosas: impotentes nosotros contra las cosas, tendremos el recurso de desfigurarlas, y desfiguraremos la naturaleza, la razon, la religion.

Vosotros habeis recibido del Criador un semblante donde respira la fuerza y la bondad. Vuestros labios se animan con una sonrisa, cuya gracia sobrevive á su movimiento; vuestros ojos dan una llama que brota de las profundidades de una viva inteligencia, pero que templada por la modestia causa un respeto que no espanta; vuestra frente pura y calmada corona con su serenidad la magia viva de vuestras facciones, y donde quiera que cae sobre vosotros la mirada de una alma, esta alma conoce y ama á la vuestra. ¡Estos son grandes dones, oh jóvenes! Pero basta una hora para deslustrarlos, un solo crimen para deshorrarlos. La naturaleza, cuya obra

maestra sois, no resistirá á los golpes que le dirijís en el secreto de vuestra conciencia ; la belleza se retirará de vosotros, á medida que salga Dios de vuestro corazon ; y en breve, esa cabeza, objeto de admiracion y de amor, no será ya mas que la cabeza innoble de un malvado ó de un libertino. No habréis, pues, destruido en vosotros la imágen natural de Dios, pero la habréis desfigurado.

Del mismo modo, señores, podeis talar la tierra, quemar los bosques, agotar el manantial de los rios, infectar la atmósfera, condenar á la soledad y á la esterilidad porciones admirables de nuestra comun herencia, y ¡demasiado lo habeis hecho ya! La mano de los bárbaros ha disecado el Lacio ; la tiranía de los hijos de Mahoma, al tocar el suelo de Grecia y de la Siria, ha agotado los pechos que se creian perpetuamente fecundos, y extinguido bellezas á quienes se juzgaba bajo la proteccion eterna de la luz mas pura que haya iluminado la creacion. Pero por crueles que sean estas injurias, la tierra subsiste y alimenta al hombre. Generaciones mejores sucederán á esas hordas que no han respetado á la madre comun del género humano : ellas despertarán de su sueño involuntario los campos del Atica y las colinas de la Mesenia ; la sombra de las arboledas llamada por la cultura descenderá del cielo á los desiertos de Roma ; la vida, que solo estaba extraviada, arrojará por todas partes sus vástagos, y las ruínas mismas solo serán el testigo de lo impotentes que somos para dar en parte alguna un golpe que lleve la muerte.

Otro tanto acontece con los errores y crímenes contra la razon. Levántase un siglo : él es atrevido en las cosas de la inteligencia ; remueve ideas como sacude el viajero, al fin de un largo dia, el polvo y el cansancio de sus piés ; siente placer en dudar, orgullo en contradecir ; conmueve las columnas que sostenian en lo pasado la arquitectura de la ciencia y de la sabiduría : la tradicion no le impone ya ; la conciencia le parece un oráculo mudo ó engañoso. Llega un momento en que, pasmadas las inteligencias, se preguntan si no es un sueño lo cierto, y el bien una impostura. Pero aun en medio de esta orgía del escepticismo, solo se ataca la razon con la razon, la cual triunfa hasta en la herida que ella se hace. La negacion afirma que la inteligencia vive y ve, como atestigua el ojo, al cerrarse ante el sol, la presencia y la fuerza de sus rayos. Es necesario vivir, y á pesar del delirio universal, el curso de los acontecimientos humanos sigue sus antiguas vias ; la humanidad marcha delante de Pyrrhon que niega el movimiento. Cree, espera, coordina sus

pensamientos y sus acciones. Despues, suena el tiempo una hora ; y comienza un siglo nuevo que realza la verdad, como levanta la frescura de la mañana en los campos la yerba que se inclina mustia por la tarde. Abátense los altares de la duda ; se arrastran á las gemonias las negaciones adoradas en la víspera ; se desprecia á quien habia despreciado, se olvida á quien habia olvidado, se pone un punto en la historia, y el porvenir sube al horizonte de la eternidad. Ha habido desfiguracion del entendimiento humano, pero no destruccion.

Despues de esto, señores, ¿os admiraréis de que la religion, en lucha con la libertad del hombre, sufra las mismas injurias y las mismas vicisitudes ? Por qué ha de ser mas feliz que la naturaleza y la razon ? Por qué habia de perder nuestra ambicion de soberanía, al acercarse al cielo, la energía que le permite violar los santuarios inferiores ? Cualquiera que sea la ribera adonde abordemos, mas alta ó mas baja, llevamos con nosotros, como un indefectible atributo, el poder del bien y del mal. Y aun este poder se acrece á medida que nos elevamos en la gerarquía de las cosas : es mas grande contra la razon que contra la naturaleza ; mas grande contra la religion que contra la razon. Esto consiste en que nadie puede elevarse sino acercándose á lo infinito, y en que lo infinito, por su desproporcion con nuestros límites personales, ofrece necesariamente mas asidero á la rebelion y al error : ¿quién no concibe cuán fácil es sustituir á los dogmas religiosos quiméricas imitaciones ? El hombre lo ha hecho ; él lo ha hecho impaciente de un yugo demasiado grave, por laxitud de la antigüedad, por olvido de la tradicion, por odio á un sacerdocio negligente ó corrompido, por obediencia al ascendiente de sectarios afamados. Pero cualquiera que haya sido el motivo de su separacion, bajo cualquier punto del cielo y del tiempo en que naciese, jamás el hombre, viviendo en el estado de pueblo, es decir, en el estado natural, ha podido abrogar la religion, ni cambiar sus caracteres esenciales. Siempre ha creído en la comunicacion positiva del género humano con Dios, por medio de la palabra directa de Dios. Los cultos desnaturalizados no lo prueban menos elocuentemente que el culto cristiano. ¿Qué era un templo, en el espíritu de las naciones paganas, mas que un oráculo ? ¿Qué era un ídolo sino mármol y oro que hablaba con la virtud de Dios ? ¿Qué era un sacerdote sino una carne y una alma inspiradas con el soplo de Dios ? ¿Qué son aún por toda la tierra, sacerdote, templo, ídolo, sino una encarnacion mas ó menos viva y próxima á la Divi-

nidad? La unidad de la idea sobrevive en la multiplicidad de la forma; y además, cuando se estudia esta forma, se descubre en la variedad de los signos los restos mutilados de una tradicion idéntica.

Todos los cultos han unido á la fe de las profecías los sacramentos; todos, ya lo hemos dicho y probado, llamaban los sacrificios, las ceremonias y la oracion en auxilio del alma que se esforzaba por volar á Dios. Homero inmola víctimas con la liturgia del Levítico; Delfos manda expiaciones en la misma lengua que habla Benarés; el auguro etrusco bendice las colinas romanas como el druída consagra los bosques de la Galia; y por sobre todos estos ritos vivos de una costumbre invencible, se eleva incesantemente hácia Dios el sacramento de la súplica, para pedirle milagros en nombre de todo dolor que espera y de todo desfallecimiento que cree. No hay duda que la oracion no conocia á Dios con el mismo nombre; no conocia de él por todas partes la verdadera y eterna historia; pero la necesidad era por doquier la misma, la aspiracion semejante; y cuando el corazon era sincero, no estaba ausente de él la eficacia. El suplicante, embriagado de amarguras, y doblando la rodilla ante un mármol engañoso, olvidaba la fábula que la educacion habia grabado en su espíritu: acordábase del Dios desconocido que reverenciaba Atenas al pié del Partenon, y ese Dios que busca la rectitud y que sabe la desgracia, oía el grito de la fe en la queja de un corazon humillado. Las sombras de la idolatría se iluminaban; la verdad descendia con la gracia, y el alma del hombre encontraba el alma de Dios al través de los simulacros de la mentira.

Reconocedlo, señores, no habeis destruido la religion, como no habeis destruido la razon y la naturaleza: no habeis cambiado su esencia, como tampoco habeis mudado la esencia de la lógica y de la química. Vosotros lo habeis desfigurado todo, y Dios lo ha salvado todo. La naturaleza ha resistido á vuestras mutilaciones, la razon á vuestros sistemas, la religion á vuestra incredulidad; y todas tres universales y perpetuas atestiguan tanto mas el poder que las fundó, cuanto que este poder ha respetado el vuestro, permitiéndoos no respetar el suyo. Decidme ¿qué os ha detenido? ¿Por qué ha permanecido tanta vida en medio de tantas ruínas? Vosotros queriais, vosotros quereis aún aniquilar la religion, donde no veis mas que un caos de ideas y de prácticas sin fundamento; ¿cómo es que está pues en pié la religion? Vosotros queriais ejercer el acto soberano de destruir para llegar al acto soberano de crear, y en verdad que hay en este orgullo una grandeza que impulsaria á la alabanza, si hubiera algo que pu-

diese ser grande contra la justicia y la verdad; ¿por qué no habeis destruido ni creado vosotros la religion? ¿Hé aquí á Lutero!... Lutero es una vieja sombra, señores; pero puesto que es permitido á la palabra evocar las sombras, permitidme evocar esta, y pedirle cuenta del misterio que suspende mi espíritu y el vuestro. Pues bien, Lutero, ya que tú despreciabas la Iglesia, ya que habias resuelto extirpar de Europa la fe que fué la tuya; ¿por qué no diste el único golpe que iba al fondo de la cuestion? ¿Por qué no derribaste al arquitecto con el edificio? ¿Por qué no negaste á Jesucristo?

¿Ah! por qué? Señores, Lutero no sabia porqué. Él obedecia á la fe al mismo tiempo que á la rebelion ó al cisma; y falto de lógica en uno y en otra, era la expresion formidable de una gran debilidad en un gran poder. Su conciencia respondia á la conciencia de su tiempo, como la conciencia de su tiempo á la de todos los siglos. Ella encerraba con un elemento de protestacion una imperiosa necesidad de creencias; y el triunfo de Lutero fué, como el de todos los heresiarcas, haber herido hasta el corazon de su época, quitándole en fe toda cuanto podia perder, para dejarle toda cuanto podia guardar. Si hubiera negado á Jesucristo, hubiera sido Voltaire sin abuelos, es decir, un loco; y el mismo Voltaire, precedido de dos siglos de protestantismo, no ha podido ser mas que un sabio, es decir, un gefe de escuela y no un gefe de pueblo.

Este ejemplo contiene todos los demás. Él nos inicia en el secreto de las revoluciones religiosas, tanto mas seguras del buen éxito cuanto que se desvian menos de la base profética y sacramentaria primordial; tanto mas decisivas en favor de la verdad de la religion, cuanto que la conservan violándola. Porque en fin, señores, si desde hace sesenta siglos obedecia el género humano al mismo dogma y á la misma liturgia, ¿no reconoceréis en esta tranquila unanimidad el signo de una divina institucion? Pues bien, el signo de la unanimidad combatida, de la unanimidad contradicha y perseverando á pesar de la controversia, es seguramente mas digno aún de conmover un espíritu reflexivo. Porque podria explicarse la primera unanimidad por la falta de exámen y por el imperio del hábito, mientras que la segunda no puede explicarse sino por una fuerza superior á todos los recursos del pensamiento humano, y á todos los atentados de su libertad. Afirmar negando, mantener destruyendo, consentir protestando, es sin duda elevarse contra la verdad, pero rindiéndole el homenaje mas brillante, puesto que es el homenaje de un enemigo.

Resta á saber si Dios hizo mas aún por la conservacion de su culto sobre la tierra, y si entre todos cuantos alteraron la pureza original de este culto hubo alguno que lo guardase sin mancha, y de modo que fuese fácil reconocerle por caracteres inimitables de grandeza y de sinceridad. Espero demostrárselo sin dificultad al mismo tiempo que sin dilacion.

Separemos ántes de todo el vano pensamiento de que hay en el mundo multitud infinita de cultos diferentes. Esto no es exacto. Nada ha sido mas estéril que la imaginacion del hombre en materia de cultos. Así como, al considerar los rasgos comunes de los seres, se les reduce á cierto número de familias primitivas, así tambien, al comparar juntas las ramas religiosas que se extienden en la humanidad, se las ve terminar en tres troncos principales, los únicos que sean realmente distintos por su fisonomía, y por una invencible y mutua repulsion; quiero decir, la idolatría, el cristianismo y el mahometismo. No hago mencion del judaismo, porque ántes de Jesucristo no es mas que el cristianismo que espera su coronacion; y despues de Jesucristo, no es mas que el cristianismo á quien le falta su coronacion. Restan, pues, las iglesias cristianas que se refieren al tronco del Evangelio y de Cristo; las sectas idólatras, ninguna de las cuales excomulgaba á la otra, y cuyos símbolos se respetaban á porfía en el concilio del Panteon romano; en fin, los ramos del islamismo, todos los cuales se inclinan á los piés de Mahoma y del Corán. Nombradme un culto, y yo lo reduciré ó lo llevaré al ídolo, á la cruz ó á la media luna; pero no hay ya paz posible, ni punto comun de reunion entre el ídolo, la cruz y la media luna, banderas memorables que se parten aún las generaciones, y que llevan en sus pliegues tres teologías separadas por una concepcion radicalmente diferente del comercio del hombre con Dios. Y en efecto, en este comercio que constituye la religion y que supone una aproximacion entre dos seres tan lejanos uno de otro, ó concibe el espíritu una alianza entre la naturaleza divina y la naturaleza humana que llega hasta la confusion, y tal es la idolatría; ó concibe esta alianza bajo una forma que excluye la compatibilidad entre las dos naturalezas, y tal es el mahometismo; ó bien, en fin, admite la union de las dos naturalezas, permaneciendo distintas hasta en su intimidad, y tal es el cristianismo. La idolatría confunde al hombre y á Dios, el mahometismo los retiene á cierta distancia, el cristianismo los asocia: estos tres sistemas reasumen todos los cultos existentes y todos los cultos posibles.

La antigüedad se perdió generalmente en la idolatría, y aun las supersticiones que no habian comenzado por aquí concluyeron por precipitarse en ella como en un escollo inevitable. Y es que en efecto, es difícil detenerse en el punto justo de la theandria, palabra por la cual expresa la teología cristiana la participacion de Dios al hombre y del hombre á Dios. No bien deja de iluminar á la inteligencia la primer luz de la verdad religiosa, vacila aquella, mirando este prodigioso misterio, y segun que da mas á la razon ó á la memoria, á la inspiracion de la naturaleza ó al impulso del instinto teológico, se queda atrás ó corre mas allá de lo verdadero. El instinto, la memoria y un confuso presentimiento prevalecieron en la humanidad intermedia, es decir, en la humanidad comprendida entre el diluvio y el advenimiento de Cristo. Habiendo aparecido ya Jesucristo, esta restitution brillante del tipo eterno de la alianza entre Dios y el hombre hirió al mundo con tal golpe de claridad, que la teogonia pagana no pudo en lo sucesivo, á pesar de veinte años de imperio, conservar el honor de engañar al género humano. El error debió refugiarse en otra base y tomar otra forma. Arrio preparó su edificio, Mahoma lo acabó. Arrio habia negado la divinidad de Jesucristo; Mahoma declaró imposible, impía é idólatra la union de la naturaleza divina con la naturaleza humana en una sola personalidad, y separando cuanto era posible los dos términos del comercio religioso, pronunció la sentencia fundamental del islamismo ó de la fe nueva: *Dios es Dios, y Mahoma su profeta*. Dios es Dios, es decir, Dios no puede ser sino Dios; Mahoma es su profeta, es decir, la accion divina con relacion al hombre se limita á la profecía; y la accion del hombre con relacion á Dios se limita á la fe que acepta la profecía adorando y suplicando. Ningun otro culto se ha elevado despues de Mahoma; ninguno se elevará en lo sucesivo; porque inferior ó debajo de Mahoma no existe mas que el racionalismo puro; superior ó encima de Mahoma se encuentra necesariamente la idolatría ó el cristianismo.

El cristianismo ocupa el centro entre el mahometismo y la idolatría. Humaniza á Dios, sin hacerle descender; diviniza al hombre, sin cambiar su sustancia; igualmente distante de la extravagancia del panteismo que confunde todos los seres en un caos divino, y de la frialdad del theismo que relega á la criatura á una distancia desesperada del Criador.

Aquí está la eleccion, señores, aquí está el debate. Para quien